



*Ser Educador: entre Pedagogía y Nomadismo*

# INTRODUCCIÓN

*El proyecto pedagógico se crea con objeto de ubicar (...) a las vidas dentro del aula, y de emplear el conocimiento y la transformación como armas para cambiar el mundo. Desde la perspectiva del lugar social que ocupan los condenados de la Tierra, llega a ser claro que el solo conocimiento como lo propone la escuela, no transforma la vida. Sólo la conversión del conocimiento en acción puede operar el cambio.*

Leonardo BOFF, prólogo a P. McLAREN, *Life in Schools: An Introduction to Critical Pedagogy in the foundations of Education*, Nueva York, Longman, p. XI, 1997.

Pedagogía y nomadismo es la conjugación de la Escila (Σκύλλα) y la Caribdis (Χάρυβδις) que tuvo que superar Ulises en su viaje, así como el de otros argonautas que debían, también, superar las dificultades de dicha navegación<sup>1</sup>. La pedagogía es la “normativización” de lo educativo y el nomadismo juega el papel y el polo de resistencia a dicha normativa. El vivir y actuar entre estos dos polos configura, en esencia, los vaivenes a través de los cuáles el educador ejerce su profesión. Una profesión que desde nuestro particular punto de vista no puede desligarse de la persona.

Lo de la pedagogía me venía dado por haber estudiado la licenciatura en Pedagogía; el nomadismo apareció con las lecturas de un gran maestro: Fernand Deligny. Un maestro que abrió (no podía ser de otra manera) una brecha en mi forma de pensar y actuar, casi de ser. Deligny, en palabras de Jean-François Gomez representa un “planeta”, un espacio dónde acurrucarse en momentos de debilidad (de los cuáles siempre he salido reconfortado) y donde buscar respuestas a muchas de las preguntas que van abriéndose. La transhumancia, como el nomadismo, es una metáfora que encaja perfectamente con la definición de educador. No asentarse en “territorios metodológicos” ni en categorías que nos impidan descubrir a la persona; no quedarse pasivo frente a determinadas políticas de cosificación de los sujetos; acompañar al “otro” por caminos y veredas insospechadas; aparecer allí donde la humanidad corre el riesgo de fracturarse, etc.

Ser educador nace de las entrañas, de la rabia, de la fuerza y de la opresión de estar ahí, presente, consciente y atento a lo que sucede (y me sucede). Tal vez se trate de un libro de esos

---

<sup>1</sup>Homero, *La Odisea*, libro XII. No se sabe a ciencia cierta si se trata de un lugar fabuloso o del estrecho de Mesina (dónde hay un remolino que forman las corrientes que se encuentran en la zona, a pesar de que es muy poco peligroso). Otras investigaciones lo ubican cerca del cabo Skilla, al noroeste de Grecia.

que la “academia” mire de reojo y que le de la espalda. No pretendo conectar con los discursos oficiales de la pedagogía, pero sí pretendo dialogar con aquellos que se sienten, en cierta forma, inconformes con los discursos pedagógicos vigentes. Al empezar este libro me hice algunas preguntas que me han acompañado a lo largo del proceso de escritura: ¿Qué es la pedagogía? ¿Existe por ella misma? ¿Subsiste en las cavernas de los usos tecnologizados -con nombres confusos que resuenan a didáctica o currículum- que no piensan en la posibilidad de mirarse desde otras ópticas? ¿Qué papel juegan los educandos en la relación educativa? ¿La relación educativa es opresora e inhabilitadora? ¿La pedagogía se construye desde la cúpula del pensar –la Universidad- o también participan en su creación los actores de lo social –educadores- y los sujetos de la educación social?

Ya sé que muchas veces la escisión entre miradas tecnologizadas o psicologizadas a la educación chocan de frente con posturas como la nuestra, que tienen la osadía de apoyarse en la antropología, la filosofía, la historia, la sociología, la literatura y la pedagogía, para decir y pensar “algunas variaciones” sobre la educación. He tenido la suerte (por lo menos eso creo) de moverme durante muchos años en terrenos no académicos y cuando mis movimientos se han hecho en las entrañas de la Academia, esta ha sido de pequeño formato o en “formato liberalizado”. Lo que sigue arranca de la rabia que me produjeron las palabras de un charlatán que pretendía vender “ungüentos psicopedagógicos”, y que anunció algo así como: “ya sabemos que todos los niños problemáticos se llaman...”. El estigma por delante y la psicopedagogía (por lo menos una determinada concepción de la misma) deja impune y aplaude dichas afirmaciones. Se trata, como algunos autores han afirmado, de una psicología social maligna (también la podemos denominar pedagogía social maligna) que marca, diluye y anula al otro, desde dimensiones excesivamente clínicas y clasificatorias.

La proliferación de textos sobre el saber del educador (especialmente centrados en técnicas y tácticas de programación, intervención y evaluación educativa) parecen situar al educador en el territorio de lo que algunos (sin ningún pudor ni vergüenza) han denominado “ingeniería social”. Al sentirme mucho más cercano a la idea de educación como “arte” que a la educación como “técnica” mis vivencias me han llevado por otros caminos. Esos caminos pasan por el desierto, las macro-ciudades, la calle, el espacio simbólico de la comunidad, la naturaleza, las residencias de menores, la ciudad después del bombardeo, el Instituto Paulo Freire de Sao Paulo, una jaima en Tendrara (Marruecos), muchos viajes en tren, seminarios de practicum, las aulas, las bibliotecas, los centros ocupacionales, la red y el espacio virtual, los centros abiertos y algunas peregrinaciones.

Había tomado la decisión de seguir ese camino, con apenas 14 años: Actividades de tiempo libre (no exentas de ciertas dosis de movilización política a mediados de los años 80), campamentos, campos de trabajo, voluntariado y primera experiencia (vista 20 años más tarde como muy informal) como educador de calle. Intenté seguir los estudios de Magisterio (después de una rica e interesante formación como monitor de tiempo libre en un curso –creo que de los últimos- que dirigió Quim Franch), pero la mediocridad y la tonalidad gris de la Escuela de magisterio terminó con mi vocación de maestro al finalizar el primer año. Me orienté hacia la Pedagogía y cambié también de Universidad. La carrera de Pedagogía sigue siendo algo extraño, especial, y que abre (o cierra) puertas insospechadas. El caso es que terminé mi carrera de Pedagogía y retomé mi profesión en el campo de la educación social. Paralelamente a los estudios de Pedagogía me había formado como educador especializado en drogodependencias, y esta formación (unas 500 horas de duración) me abrió los ojos a formas y maneras distintas de entender la educación en lo social.

Todo ello no me sirvió para ejercer, así, sin más y seguí adentrándome por diferentes territorios. Apasionado por lo teórico desde la praxis, empecé mi formación en Teología (15 años después sin terminar, pero todavía apasionado e influenciado por la Teología de la Liberación y la opción por los pobres) e inicié mis cursos de doctorado. Creo que hacerlo desde la praxis le da otro valor, otro enfoque. Una pregunta que entonces me hacía (y todavía me sigo haciendo) es si ¿la Universidad se puede construir de espaldas a la praxis? Desgraciadamente, la respuesta se dirige a que pudiendo o no, se construye de dicha forma. Tuve la suerte (una suerte que recupero y recuerdo desde la añoranza) de compartir mi trabajo de profesor universitario con otros profesores, que igual que yo, se encontraban a caballo de la praxis profesional y las aulas universitarias. Otros ya no lo estaban pero habían trabajado durante muchos años como educadores sociales, y seguían siendo “educadores”. Algunos de ellos son Jesús Vilar, Eduard Sala, Oscar Martínez, Angels Sogas, Asun Pie, Tomàs Llompart, Sergi Bota, Araceli Lázaro, Manel Capdevila, Tomás Gamarra, Mar Galcerán, Quico Mañós, y Maite Marzo. Gracias a sus biografías de educadores trasladadas a las aulas universitarias se ha conseguido dar algunos procesos rituales en el orden del SER educador y no solo del SABER educador.

Recuerdo cuando compré mi primer póster del Che Guevara, más o menos cuando tenía 15 años. Me impresionaba aquella imagen y ya intuía entonces que aquello era algo más que un fetiche, que una simple forma simbólica de ritualizar un cierto esnobismo intelectual. Pocos años después empezaron mis experiencias como educador en un barrio “oprimido” cerca de la población dónde vivía. Entonces seguía llevando en la solapa de mi abrigo una imagen del Che. En aquellos momentos no conectaba directamente mi acción educadora con aquellos niños con algunos de los textos del Che y su política revolucionaria. Lo cierto es que la imagen de lucha pedagógica empezaba a envolver muchas de mis reflexiones entorno a la educación. Veinte años después de la compra del póster, el Che Guevara sigue presente en mi ideología y lo hace cada vez con más fuerza y contundencia pedagógicas. Ahora que me encuentro en la posición de académico sería muy fácil dejar de lado las ideologías de la juventud y abrirse a miradas menos involucradas, menos comprometidas y tal vez “serias” (en relación a los temas y objetos de estudio). Tal vez mi testarudez y esas ganas irreprimibles de seguir trabajando para un mundo mejor, a favor de los sujetos oprimidos me lleva a revisar los puntales que configuran mis ideas pedagógicas, más allá de las tecnologías, los discursos posmodernos y las miradas psicológicas. Seguir pensando de forma radical en la universidad es, todavía, un nadar a contracorriente, un sumergirse en una poza de agua helada, profunda y poco clara. Las primeras impresiones de los colegas que entran en mi despacho (al divisar en la mesa una imagen del Che o un libro de Pedagogía radical) son de miedo, risa o sorpresa. Pocas veces se toman en serio el potencial de la pedagogía como herramienta revolucionaria, más allá de las tecnologías reproductivistas. Pero no por ello debemos dejar de lado esta dimensión central de la pedagogía: transformar la sociedad para resituar al otro más allá de los espacios de opresión.

Es cierto que en nuestro contexto han aparecido muy pocas (por no decir casi ninguna) publicaciones relacionadas con lo que en el contexto de los Estados Unidos de América se conoce como “Radical Pedagogy”. Entre ellas prácticamente la obra de Paulo Freire ha sido la única que nos ha llegado completa. Pero más allá de centrarnos en su obra (sobradamente conocida, estudiada y divulgada) queremos revisar diferentes autores que desde una perspectiva u otra han hecho aportaciones a lo que designamos como pedagogía radical. Entre otras encontramos al Che Guevara, Gramsci, Vanier, Deligny y algunos de los discursos mexicanos del EZLN. Al inicio del siglo XXI y auspiciada por fervores, epítomes y otras formas de “distorsionar” las relaciones que producen espacios, prácticas y discursos de subjetividad, la pedagogía ha olvidado (a menudo como forma desmemorizada de subsistencia) aquellos autores que en algún momento han marcado sus formas y modelos, sus praxis y sus

pensamientos.

Sigo pensando que ese es uno de los grandes problemas de la formación universitaria de los educadores y profesionales de la educación: situar una formación en el saber y no en el ser. El problema se agudiza cuando el saber se traduce en un saber instrumental que busca proporcionar una técnica aplicable a todos los sujetos con diagnósticos y necesidades parecidas (y en los cuáles casi siempre es el profesional el que decide qué diagnóstico y qué necesidad tiene esa persona). Pero una y otra vez (como buenos representantes de la especie humana) seguimos tropezando con la misma piedra. Es por eso que Ser Educador se propone estudiar las formas históricas de constitución de la alteridad a través de un método concreto: la historia y la hermenéutica. Este proyecto es el resultado de diferentes trabajos parciales desarrollados entre 1995 y 2007. En el presente libro ofrecemos una mirada de conjunto, amplia y ordenada, que permite comprender y situar parte de los procesos sociohistóricos que han configurado el perfil actual del educador social. Nacido de las problemáticas socioeconómicas derivadas de la II Guerra Mundial, en la Europa de 1945 surge la necesidad de la intervención de un nuevo profesional que acompañe y eduque a los menores huérfanos que deambulan y vagabundean por diferentes regiones francesas. Al situar al educador en ese contexto y ese momento concreto, no queremos obviar que anteriormente existían figuras de educadores, especialmente en el campo de la protección de menores y que en su momento fueron reclamadas (como figuras profesionales con una formación completa y reconocida) por Pedregosa, Albó, Piquer, Montessori, Moragas, Tosquelles, Bettelheim o el mismo Deligny. Pero por diferentes motivos, 1945 se erige como símbolo del arranque de esta nueva profesión de lo social.

Algunos países como Francia o Suiza, han mostrado una especial atención y curiosidad por desvelar y preservar su historia socioeducativa. En nuestro contexto todavía nos encontramos excesivamente alejados de lo que ha sucedido en dichos países en relación con su pasado socioeducativo. Decía Iñaki Rodríguez en 1999: "Una de las dificultades con la que se encontraba este educador era la falta de un modelo propio de reflexión y de intervención [...] A finales de los años sesenta se va imponiendo el modelo comunitario basado en las teorías de Paulo Freire, Carl Rogers o Celestín Freinet ...". Creemos que estar desprovistos de modelos propios para la acción tiene mucho que ver con el desconocimiento del pasado de una determinada profesión.

Detrás de Pedagogía y Nomadismo están Paulo Freire, Fernand Deligny, Leonardo Boff, Pere Casaldàliga (y toda la Teología de la Liberación), Peter McLaren, Enrique Martínez Reguera (y los cachorros de nadie), Janusz Korczak, el Che Guevara, el EZLN y el movimiento indígena insurgente de Chiapas, Antonio Gramsci y la fuerza de Zotikos con los leprosos. Pero también están todas aquellas personas que me han permitido acompañarlas y me han transmitido algún tipo de enseñanza sobre la opresión, la marginación, la alteridad y todas las formas posibles de lucha contra sus opresores. También todos los educadores y educadoras que han compartido trayectos formativos y/o equipos de trabajo socioeducativo en algún momento de nuestras vidas. Ellas y ellos han forjado las formas de romper con el régimen instituido.

Este libro quiere ser un modesto homenaje a aquellas personas que a través de la educación creen que es posible provocar algún tipo de cambio en la sociedad, en las personas, en las estructuras y las instituciones. Y entre ellos no puedo dejar de recordar a todos lo que desde la praxis profesional hacen esfuerzos por pensar (y divulgar) otras formas de entender la palabra *educación*.